

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, MAGISTRADO RAFAEL GUERRA ÁLVAREZ, EN LA CEREMONIA DEL DÍA DEL ABOGADO

Ciudad de México, 12 DE JULIO DE 2019.

Damas y caballeros,

Distinguidos invitados:

El día de hoy nos reunimos para celebrar la identidad que nos une con nuestro mundo y nuestro tiempo. Y creo que es el momento perfecto para renovar nuestros votos profesionales y espirituales; y así recuperar la incalculable fuerza de la vocación.

Me siento especialmente orgulloso por poder compartir este momento con invitados tan especiales de la Consejería Jurídica; la Procuraduría General de Justicia; el Tribunal Superior de Justicia; así como los miembros de las barras y colegios de abogados que nos acompañan.

Su presencia el día de hoy eleva la importancia de este evento. No sólo por el valor individual de nuestras aportaciones sino por el potencial colectivo de nuestras aspiraciones. Ese es el principal valor de nuestro encuentro.

Por eso quiero invitarlos a sentir el orgullo por lo que son y representan; haciendo un ejercicio de memoria sobre lo que los inspiró a ser abogados en un principio.

Porque la condición humana nos obliga a todos, y debemos aceptar una simple realidad: las personas mueren, las civilizaciones caen, pero los ideales permanecen.

Y esos ideales son la única forma de trascender de la vida material cuando nuestro tiempo en la tierra haya terminado.

Av. Juárez 8, Centro
Tels: 91 56 49 97
Extensión 110305
55 18 40 67
www.poderjudicialdf.gob.mx

¡Cientos de miles, millones! de abogados han pasado por la tierra y ninguno de ellos se ha llevado su riqueza material a la otra vida. Lo único que conservan en su espíritu es el ideal que inspiró sus días y los días de aquellos cuyas vidas tocaron.

Ese, damas y caballeros, es el verdadero sentido de este día: recordar el ideal que inspira nuestros días y abrazarlo con toda nuestra fuerza; porque será lo único que sobrevivirá de nuestro polvo y nuestra sombra.

Abogados:

Somos herederos del patrimonio más grande que la humanidad se ha dejado a sí misma: el estado de Derecho.

Nuestra vocación se remonta a los tiempos más antiguos en el ágora y el Aerópago; en el foro y en la tribuna: conservada por miles de años sin perder un sólo instante de vigencia.

Vivimos a la sombra de la diosa Themis cuya ceguera no sabe de invisibles. Somos sus apóstoles y artífices. A veces fieles de su balanza; y a veces filo de su espada.

Somos discípulos de Justiniano y de las glosas de Irnerio en el *Corpus Iuris*; aprendices de la Escuela de Bolonia y su legado analítico; alumnos de Alfonso 10º "El Sabio" y sus Siete Partidas; herederos de la Revolución Francesa y la influencia definitiva del Código Napoleónico.

Somos la antítesis del caos y de la guerra. Somos el *ius* y somos el *factum*. Instrumentos de orden y del inmenso potencial creador de la razón humana y su consenso.

Somos el elemento necesario en la alquimia que transforma a la libertad de una aspiración a un valor; de una probabilidad a una certidumbre; de un mero adjetivo, hasta proclamarse como un sustantivo en la vida decada individuo y de todas las naciones en la tierra.

Somos responsables de velar por la más valiosa aspiración y virtud humana: la justicia. La virtud suprema que no sólo enaltece a quien la posee, sino que mejora la vida de quienes lo rodean.

Somos el concurso de las mujeres y hombres que dan vida al afán de la justicia, y validan la superioridad moral de la paz frente a la violencia.

Somos el eco de la dialéctica entre el juzgador y la víctima, el perito en leyes que escucha, asesora y aconseja a las partes; somos el estudio profundo, el criterio de la formación permanente y la actualización obligada

Somos certeza, seguridad, autenticidad, legitimidad y credibilidad. Una profesión viva de utilidad indispensable para la sociedad, enraizada profundamente a los valores del pasado y los propósitos del futuro.

El imperio de la ley y la majestad de la justicia no son un legado de los tribunales ni las cortes. Son victorias cotidianas de personas que no tienen duda en el devenir del mundo porque la ley siempre ofrece una vía para actuar. Por eso nosotros somos el derecho: su aplicación, su vigilancia y su creación.

Somos el verdadero espíritu de las leyes, y de los códigos, de las sentencias y la jurisprudencia. Somos la fuerza viva que hace posible la legalidad.

Somos la pericia en el conocimiento de las normas, y también de los contradictorios abismos del alma humana.

Damas y caballeros:

Distinguidos colegas:

El papel del abogado en la evolución racional del mundo es trascendente porque la dota de un horizonte. Pero eso no nos libera de los importantes rigores que hacen de un día como hoy, un reconocimiento a su disciplina y entrega.

Me niego a creer que estos ideales sean palabras de un discurso. Son realidades palpables, y hechos que debemos proteger y vivir intensamente. De nuestra firmeza en este propósito depende la raza humana. Se los aseguro.

En nombre de todos los miembros que integran el Tribunal Superior de Justicia y el Consejo de la Judicatura de la Ciudad de México, quiero refrendarles nuestra admiración y colaboración sin condiciones.

Brindo por sus vidas y el ideal que llena sus días. Porque el abogado vive miles de vidas en una, pasando la gran estafeta de su tiempo a las generaciones que lo sucederán.

Esa es la gran naturaleza que compartimos y el verdadero significado de este día.

Muchas felicidades.